

lizar aquí con una absoluta disponibilidad ante Dios, que mueve montañas y con el auxilio de la gracia.

“Con mucha ligereza se dice hoy que el empeño es sumergirse en el mundo hasta olvidarse de Dios y de los viejos «mitos» de lo sobrenatural, lo que es perder el verdadero cristianismo y cualquier posibilidad de amar al prójimo. El cristianismo tiene dos fines que se resumen en uno solo; amar a los demás por amor a Dios. Mi salvación sobrenatural está, pues, ligada a mi acción cristiana en el mundo, sin que éste sea mi fin. Este equilibrio entre natural y sobrenatural, entre mundo y Dios, entre amor a Dios y amor al prójimo, en el «inescindible empeño», consiste la gran economía metafísica, ontológica, moral y religiosa del Cristianismo, la esperanza de salvación del hombre en la tierra y en el Cielo”.

El libro del profesor Sciacca concluye con un apéndice dividido en dos capítulos: I, *Sacerdocio y mundo moderno* y II, *El sacerdote y la política*, repletos de actualísimo interés. La conclusión resulta fluida:

“Si clericalismo significa injerencia del clero en la política militante, es decir, en la política de partido o en cuestiones que corresponde al poder secular, mediante lo cual se trata de constituir una verdadera y propia potencia política clerical, decimos sinceramente que el sacerdote no debe hacer esta política, y que de hacerla da lugar a un clericalismo nocivo al catolicismo, que acaba por provocar inevitablemente el anticlericalismo”. Pero si se trata de la defensa de los principios cristianos, en concreto, en la conciencia de los católicos, en su vida personal, familiar, social y política, “la intervención de los católicos y del clero es *sacrosanta*, es un deber elemental e improrrogable, que no constituye injerencia en el ámbito del Estado y del poder laico”. Su competencia “es afirmar la política de la verdad para que sea una verdad de la política sin clericalismo y sin compromisos”.

JUAN VALLET DE GOYTISOLO.

UN EXTREMECEDOR TESTIMONIO.

Alexandr Soljenitsin: “ARCHIPIELAGO GULAG”
(1918-1956) (*)

En el Archipiélago GULAG (siglas en ruso de Dirección General de Campos de Concentración), Alexandr Soljenitsin nos da a conocer el sistema que rigió en estos campos de la URRS entre 1918 y 1956.

(*) Madrid, Ed. Plaza Janés, mayo 1974, 456 págs.

Sistema que tuvo como una de sus más destacadas características la "masividad". Según informes de los socialdemócratas Nikolaievski y Dalin —nos dice Soljenitsin—, la población penitenciaria en los campamentos oscila entre los quince y veinte millones.

A través de esta obra seguimos paso a paso la vida de los arrestados, desde que son detenidos hasta su llegada a los campos de concentración. El autor nos cuenta la preferencia por las detenciones nocturnas, y cómo la carga de prisioneros en los trenes se hace de noche, "se ha de evitar que se asuste la gente al ver tantos presos juntos". Nos habla de las celdas donde llevan a los arrestados que como "sardinas en lata" esperan saber su condena tras pasar el horror de los interrogatorios.

Soljenitsin aprovecha también su obra para declarar la injusticia del reparto "equitativo" de la tierra según el número de bocas (sin valorar el amor al trabajo y el tesón) y escribe: "... Y ahora esos campesinos, cuyo pan comía Rusia en 1928, eran extirpados por los fracasados del pueblo y por gentes llegadas de la ciudad. Como fieras, perdiendo todo el concepto de «humanismo», perdiendo todos los valores humanos —acumulados durante milenios—, agarraban a los mejores labradores junto con sus familias y, sin piedad alguna, desnudos, los echaban al norte desértico, a la tundra y a la taiga."

Respecto a las razones para que un individuo resultase culpable, Soljenitsin advierte que son muchísimas y que no necesitaban ser muy claras. Así, por ejemplo, se amplió el punto sobre traición (a través del artículo 19 del C. P.) que propone castigar no la malicia, sino los "preparativos", pero una lectura dialéctica permite interpretar las intenciones como preparativos. Y "los preparativos son igual de punibles que el delito consumado".

¿A quiénes se detenía? "Nadie está seguro" advierte Soljenitsin, quien refiriéndose a la detención de campesinos nos dice: "Había que limpiar también la aldea de aquellos campesinos a quienes no les daba la gana ingresar en el Koljós, que se mostraban reacios a la vida colectiva que jamás habían visto y de la que sospechaban (ahora sabemos con cuanto fundamento) que estaría sometida a la administración de los vagos, y en la que se debería trabajar mucho y pasar mucha hambre. También tenían que deshacerse de los campesinos (algunos de ricos no tenían nada) que, por su audacia, su fuerza física, su decisión, su franca forma de expresarse en las asambleas de vecinos, su amor a la justicia, eran queridos por el pueblo y que, por su independencia, se hacían peligrosos a la administración del Koljós. Además, en cada aldea, había gente a la que PERSONALMENTE tenían ojeriza los "activistas" locales. Por celos, por envidia, por agravios, esta era la mejor ocasión de ajustarles las cuen-

tas. Para todas estas víctimas se requería una palabra nueva: ésta nació. Ya no había en ella ningún contenido "social", económico, pero sonaba estupendamente: "podkulachnik" (secuaz del kulak, "akulakado"). O sea, yo a ti te considero cómplice del enemigo. ¡Con eso bastaba! Al bracero más desharrapado se le podía incluir entre los "akulakados".

Los arrestados pasan a ocupar unas celdas "inhumanas", frías, muchas veces sin mobiliario y siempre ocupadas por un número de prisioneros muy superior al que les correspondería contener por su tamaño.

Las celdas por sí mismas son un tormento, pero todavía existe otro mucho peor; el del interrogatorio, que acaba con la vida de algunos y mina las fuerzas físicas de todos, unas fuerzas que ya no se volverán a reponer. Se utilizaron todo tipo de recursos para quebrantar la voluntad y la personalidad del arrestado, algunos sin dejar huella en el cuerpo (los métodos psíquicos), pero todos crueles (el autor enumera hasta treinta y uno).

Los presos que poseen algún valor son cebo muchas veces de la codicia personal. Soljenitsin nos relata un hecho que le ocurrió a él mismo: "El funcionario del servicio de contraespionaje del 48.º Cuerpo de Ejército, que me arrestó, se enamoró de mi pitillera alemana; que no era tal pitillera, sino una simple caja, pero de un color carmesí muy llamativo. Y por aquella mierda desplegó toda una maniobra profesional: en primer lugar, no incluyó mi pitillera entre los objetos que figuraban en el sumario ("eso puede usted quedárselo"); después, ordenó que me cachearan de nuevo, sabiendo perfectamente que en mis bolsillos no había nada más: "¡Ah!, ¿qué es eso? ¡Quítenselo!" Y para que yo no protestara ordenó: "¡Al calabozo con él!" (¿Qué gendarme zarista se hubiera atrevido a tratar así a un defensor de la patria?)."

A través de esta obra, Soljenitsin delata la tremenda injusticia imperante. "Los tribunales sufrían una humillante subordinación a los Organos." En realidad, tanto el Tribunal como el Ministerio fiscal eran simples peones del Ministerio de la Seguridad del Estado.

Un claro caso de injusticia se nos presenta en el juicio al Patriarca Tijon, declarado traidor por haber publicado una circular condenando la confiscación del tesoro de la iglesia.

Se pretendía atacar a la iglesia y para ello se aprovechó una situación desacreditadora para el vencedor: el hambre espantosa que hubo al finalizar la guerra civil en la región del Volga. "¡Qué los popes den de comer a los campesinos del Volga! Son almas cristianas y compasivas, ¿no? Si se niegan, les cargamos a ellos la culpa del hambre y, de paso, desacreditamos a la Iglesia. Si acceden, les vaciamos los templos de un buen barrido. De un modo o de otro, llenamos de

divisas nuestras reservas". El Patriarca estaba dispuesto (y lo había puesto en práctica) a dar el tesoro de la iglesia para remediar el hambre de sus feligreses, pero se negó al sacrilegio de la confiscación y condenó las profanaciones.

Otro punto característico del sistema de la URSS es el referente al terror. Se defiende el terror. Lenin envió al General Kurski el siguiente texto: "General Kurski: como continuación a nuestra conversación le envío el borrador de un artículo adicional para el Código Penal. Se trata de un borrador que debe revisarse y estudiarse a fondo. Espero que, pese a las deficiencias del borrador, la idea básica esté clara: exponer una tesis real (no sólo puramente jurídica) que apoye la entidad y la justificación del terror, su necesidad y sus límites. El tribunal no debe eliminar el terror —prometerlo sería engañarnos a nosotros mismos o a los demás—, sino establecerlo y reglamentarlo por principio, con claridad y sin adornos. La articulación debe ser lo más extensa posible, pues sólo la conciencia del derecho revolucionario impone las condiciones para una más o menos amplia aplicación práctica. Un saludo comunista, Lenin."

Vistos los arrestos, los juicios, la vida en las superpobladas prisiones y todo el horror de su sistema interno, Soljenitsin nos habla de los interminables viajes a los campos de concentración (algunos como el de Leningrado a Vladivostok duraban tres meses) en trenes destinados al ganado. "Se cargaba a la gente en vagones sin estufas ni bancos y había que viajar en el suelo cubierto de nieve, sin recibir alimento caliente durante el viaje". La ración diaria consistía en pan y arenque y no se daba agua a los prisioneros. Cuando había comida caliente se servía en los cubos del carbón (como en el viaje a Dishinev), que no habían podido limpiarse porque el agua escaseaba. Muchos llegaban muertos.

También se utilizaron para el transporte las barcazas "hervideros de piojos" en cuyas bodegas se encerraba a los presos sin luz, apenas sin alimentar y sin permitirseles salir "para nada".

Había también transportes a caballo y a pie. "En 1940, la partida de Oleniov tuvo que cruzar la taiga a pie, desde Kniazh-Pogost hasta el Chib-Yu, después del viaje en barco. Y se hizo sin comer. La gente bebía agua del pantano, enfermaba de disentería y caía desvanecida. Los perros hacían trizas las ropas de los caídos. En el Izhma, cogían peces con los pantalones y se los comían crudos. (Y al llegar a un claro del bosque recibieron la orden: "¡Aquí tenéis que construir la línea ferroviaria Kotlas-Vorkuat!")".

Los que llegan vivos a los campos de concentración albergan la esperanza de que se suavice la cosa y de que en el campo tal vez se esté mejor. Pero no; en el campo se está aún peor ...

MARÍA TERESA VALLET REGÍ.